

El corazón de Angelines se ha fugado y sus venas como el viejo carrillón de papá, cuentan segundos de ayer.

La felicidad tranquila, domada, la dicha, casera es un canario triste, alicaído, roto...

Angelines busca y rebusca en su sentir la miel de su voluntad, aque dorado sabor.

Congoja y aprensión.

Hay un vacío, un silencio, que la envuelve por doquier.

Le agrada recluirse en el abandonado despacho de papá.

¡Qué fúnebre y triste todo, en el abandonado rincón!

¡Cuánta pena en la vieja escribanía y en su águila de bronce, negra y lustrosa! ¡Qué patética llamada en la amarillenta papelería de mimbres!

¡Pobre, pobre papá!

Muchas veces ha repasado sus años, sus días, allí en la capilla paternal.

¡Oh, qué días, lejanos, amarillentos ya, de muñecas, cuentos e ilusiones... Luego luz, falsa y misteriosa de engañadores anhelos. Luego aún, fastidio, nadería, veleidad.

Papá era enorme, como un genio protector y dadivoso. En la vida, irisada de deseos, tú eras un genio, papá.

Siente de pronto ganas de llorar, de ser un libro, el águila de la escribanía, el reloj... tan quietos, olvidados y fieles a ellos mismos en espera de su porqué, que no volverá.

Este o aquél, cualquiera, o estar aquí en este cajón encerradita por toda la eternidad.

Angelines tira, y el cajón chillando abre su cavidad.

Sobre unas cartas fajadas hay una flor seca, crujiente. Un clavel.

Angelina lo coge, lo besa y en lo más hondo del alma siente el calor de una nueva voluntad.

—«¡Flores de Valencia! Floreeces...»

—«¿Compro una flor, papá?»

Luego, premiosa y exigente, aun triste, pero con el corazón golpeado de querer, ha cogido otra rosa, también mustia, y la ha quemado, más que nada con su alma de mujer.

* * *

Angelines ha soñado que le decía a su autor: ¡Las flores resurgen, poeta mío! Y así es. Oigo aquel pregón de la florista, vuelvo a pasear.

* * *

El poemita me ha gustado tanto, que no he podido menos de apostillarlo con una pirueta del amor eterno y fugitivo. Casi es un elogio de la ilusión lo que he hecho. La ilusión siempre ahí, delante de nuestros ojos, más sin tocarla ¡por favor!

Digo la grande, la divina, las otras se renuevan como las flores nuestras. Esta rosa y este clavel.

RAMIRO GUTIÉRREZ SUITINO.

CAPITULO CUARTO

EN ESTE CAPÍTULO SE INTENTA, —AUNQUE CON Poca SUERTE— PERFILAR LA VIDA DE HAMPA DEL «CERRO DE LOS MOSTRENCOS», VERDADERO AGUAFUERTE DE VIDAS CADUCAS CON PUJOS DE MONIPODIO

Para José Canal, tan arroyano como yo y menos que nuestro paisano «Cambero».

Sutiles frases duermen en los oídos del necio, ha dicho el máximo dramaturgo inglés por boca de Hamlet. Y nosotros añadimos por cuenta propia: ¿qué importa Cambero, que Milton ciego fuese y Beethoven sordo si legaron al Mundo el «Paraíso Perdido» y la «Novena Sinfonía»?

Me perdonarás, aunque bebido no esté, el que me salga hoy de mis casillas por una razón muy obvia, Cambero sensato: la de justificar, ante el Mundo, la situación del «Cerro de los Mostrencos», ya que bien mirado este lugar de esparcimiento senil confina con la m... (con perdón) por sus cuatro costados. De saber algún vesánico y mal intencionado ésto que hoy te digo pediría, a grito pelado, el retorno a lo del... Puerco.

¡Y cuidado que es luminoso el nuevo nombre de tu pueblo: Arroyo de la Luz! Como que huele a ensueño o algo por el estilo. ¿Verdad?...

Perdóname este tropito ya que tan poco aficionado soy al rodeo; no sé si por mi holganza excesiva o porque he dado en opinar que escaso es el rendimiento que presta a la Estética esta figura de Retórica. Pero resulta el desnudo, soso y desaliñado, si con un velo de pudor no alcanzamos a tapar su desnudez. Además, mira Cambero, a la tía Donata la del «Aprisco» la oí decir haciendo guasita de una moza fea que salía años ha del baile de Morán: «Ahí la tienes Frasca, ¿no la conoces? La de la Petra «La Chinclona» y qué guapaza va hoy».

Bien lo dice el refrán: compón un palito y... Pues bueno, mi amigo, esto que tanto te peroro es lo que quiero embuirte en la sesera: Que cuadro hay, que bello más resulta por su marco que por el fondo. Y viceversa.

El cuadro que hoy quiero posar ante tus ojos de buen gustador—no lo olvides—que más participa de lo segundo que de lo primero, ya que el marco es de estiércol y otras porquerías a este tenor y el fondo toma vida en la vida misma ya próxima a la muerte.

Trataré de explicártelo claro como agua manada de fuente. Ahora, que en compensación de mi desinterés, tú debes concederme lo que te pido: el que atención me prestes. Lo del «Cerro de los Mostrencos», no te escame para el mal ni para el bien prepares tampoco a tu alma. ¡Cuántas veces y, poniendo la voz en el Cielo, trata de hacernos infalible su «loción» contra la

caída del cabello un señor con menos pelo, que el casco de una botella de Carabaña, en su testa! Pero el negocio es el negocio, ¿comprendido? Pues manos a la obra:

Desde hace siglos, han dado en llamar a este lugar a que me refiero el «Cerro de los Mostrencos», no sé por qué designio ignoto ya que Arroyo puede alzar el grito de pueblo trabajador allende de los mares. Si no fuera, porque conoces la condición laboriosa de tu pueblo me dirías, entre altanero y soez: «En todas partes cuecen habas, amigo». Yo te daría al momento la razón, pero añadiría presto. ., que para los cerdos. Esta sería la repuesta perlada que yo emitiría al que me objetase en lo más mínimo al hablar de la condición activa del hombre de Arroyo. Por eso el nombrecito del «Cerro» es enigma para mí; pero... trataré de explicarme.

¿Tú has pasado por dicho lugar en domingo o en día en que el Almanaque se viste de encarnado? ¿Y en días de faenas? También has pasado por él y siempre lo has visto en grupitos limitados jugando a las cartas o hablando. No te has detenido—bien se vé— por impedírtelo tus ocupaciones cotidianas en este «Paraíso cerrado para muchos». Qué lástima, Cambero, ya que te hubieras alegrado con ello. El hombre (dos veces niño) encuentra en los intereses lúdico su distracción más grata. De ahí que trate de hacer de su vida un puro juego. Así juega en su infancia como en la vejez. Esta es la razón primera y, fundamental, por la que el «Cerro de los Mostrencos», es un puro juego infantil, aunque cartas mugrientas se crucen entre ellos. «La brisca», es un juego inocente y por ende de niños. A esto, exclusivamente, se juega aquí. El dinero no se gana ni se pierde, porque los socios de este soleado Monipodio, no tienen blanca.

De tener blanca, no veríamos escenas tan azoradas y borrascosas como Fedor Dostoiewski retrata en «El Jugador», ya que estos asíduos durmieron —cara al Cielo—teniendo un manto de estrellas por colcha y por jergón el duro suelo, y no el diván esponjado de Montecarlo. Y el campo, paisano, da la nobleza y virtud que los grandes Salones niegan al magnate por mucha que sea la prosapia de sus dueños. Por eso los BELENES se adornan con motivos del campo y pastores y no con Duques y Marqueses, que más libertinos son en su vivir, aunque los primeros vivan en rústica choza.

Sígueme, que de la mano quiero que entres en el lugar mencionado tantas veces esta tarde de primavera en que los viejecitos salen a él a tomar el sol como los lagartos y se deleitan y recrean con el «Catecismo» del P. Furnier. ¿No ves el corrillo que tumbado habla junto a la cancilla del huerto del Palancón? Esos son los decanos del Cerro, por más antiguos. Son—por orden de colocación— el Ruso, el primero; le sigue a derecha Perico Patata; más allá (siguiendo el cerro) el tío Lárata, el Penoso, Charrón, el Vendío, Félix Higuerras, Parrillas, el Raso, el Soplillo y el Mamón... De pié siempre—como hoy ver puedes—una caterva de admiradores y curiosos. Separados por el «vertedero» del tío Loreto, otro corrillo..., y otro..., y otro..., hasta cerca del tinado del Quico, adyacentes con este simpático mentidero. Más allá duerme la siesta en cucullas, incómoda postura, un viejecito de tapaboca verde y gorra de astrakán, que no cree ver por mucho tiempo ya el pino del Palacio. Félix Higuerras, entretiene a su corrillo con juegos de manos—limpiamente ejecutados por cierto—y otras alicantinas suyas. De ahí su fama de brujo y embaucador. De vez en vez se mete con «El Ruso», hombre más bien con ojos y cara de lapón, de estatura pequeña y barba de plata. Su aspecto es de

sastre malo y, probablemente, sastre habrá sido su oficio. A mí de muchacho me infundía, Cambero, miedo este hombre de vida pacífica y trato afable. ¡Tan fea es es la pobreza! Todos cuentan que las cartas en sus manos más presto que bailarinas se mueven y que tienen buen perder. A casi todas las cartas de la baraja, no las mienta por su nombre y sí con el de su bautismo casero: Al caballo (cualquiera que sea el palo del pinte) le llama el «penco»; a la Sota, mucho la abrevia de nombre para antes terminar; al cinco de bastos, «mal fornica» le dice y al «As» del mismo palo, don Pepino... Así te nombra él la Baraja y no por su nombre de pila. Entre ellos es tan familiar el vocabulario de «El Ruso», que, a media miel se quedan los no iniciados en esta jugada en su argot desternillante: «Si echaste el «penco» y no la..., como dices; si yo tiré la sanguijuela (tres de bastos); y le monté; si el Vendío tiró el «mal fornica»...

¡Y lo estupendo es que se entienden bien!

Tal es, Cambero amado, la faz simpática con que nos convida a los curiosos el «Cerro de los Mostrencos». El marco de bello nada tiene, pero cuánta hermosura resume este cuadro de hampa arroyana donde no falta algún galopín que enturbie este charco de agua clara.

Veces hay que sutiles frases duermen en oídos de necios... ¿Y qué importa ni desmerece al poema de Milton su ceguera, o a la Sinfonía de Beethoven su falta de oído?

Por eso, incondicional paisano, yo me he complacido mucho en mostrar —ante tus ojos—, este aguafuerte, ya que tan arroyano es en todo.

Y primero... Dios; pero después (y sobre todas las cosas del mundo) está nuestro pueblo.

J. RAMOS APARICIO.

Alcántara, 1947.